



(viene de la página 18)

sentido. “No tienen documentación, ni recuerdos, ni muebles, ni casa, ni nada; me llamó la atención un señor mayor, viudo, al que lo único que le interesó recoger, antes de que la lava cubriera su casa, eran las toallas y las sábanas del ajuar de su mujer. Hay zonas en las que la lava alcanza una altura de 70 metros, como un edificio de 20 pisos”.

Insiste en que a mucha gente no le ha quedado nada en el sentido literal de la palabra. “Un golpe muy duro para muchos de ellos fue cuando la lava engulló el cementerio, es una pérdida tremenda no tener ahora un sitio donde ir a recordar a tus familiares o amigos”.

Miguel Ángel asegura que le impresionó mucho ver las naves en las que se guardaban los muebles, los enseres, que las familias habían conseguido salvar de sus casas antes de que las coladas de lava destruyeran sus hogares. “Mucha gente pudo sacar muebles y enseres de su casa. No sabían dónde llevarlos y las autoridades les habilitaron unas naves inmensas, mucho más grandes que un campo de fútbol, donde todos los objetos estaban amontonados en palés con los nombres de las familias; veías cochecitos de bebé, juguetes, muebles..., la vida de muchas personas metidas en un palé que, ahora, cuando ha cesado la

Este voluntario de Cruz Roja Ciudad Real explica que el día comenzaba muy temprano. De madrugada acudían a El Fuerte, que es el centro de coordinación de Cruz Roja en la isla, cuarteles que son sede también de la UME y la Guardia Civil, donde se coordinaba la zona en la que iban a trabajar. El equipo en el que estaba Miguel Ángel estaba formado por cuatro personas: dos con formación en psicología, una trabajadora social y un socorrista de acompañamiento

erupción del volcán, no tienen donde llevarlos”, añade.

“He visto mucho sufrimiento”

“He visto mucho sufrimiento, mucho estrés, mucho miedo a que se repita la situación”, añade Miguel Ángel que recuerda que cuando él llegó a la isla, aunque el volcán había parado su actividad, ya no había explosiones, la gente seguía reaccionando con miedo al menor ruido.

“Para la inmensa mayoría de los afectados el ruido del volcán, día y noche, durante más de tres meses, va a ser muy difícil de olvidar y les está produciendo un enorme estrés postraumático que, unido a la falta de perspectiva, va a impedir una pronta recuperación”.

Allí sigue Cruz Roja trabajando

Miguel Ángel recuerda que los equipos de Cruz Roja se desplazaron a la zona afectada desde el minuto uno de la erupción y allí siguen trabajando. “Si hay que volver yo vuelvo; yo he conocido Cruz Roja allí, sobre el terreno, los medios, el despliegue, la calidad humana, y eso que llevo 10 años como voluntario”, añade contundente este voluntario de Cruz Roja que ha vivido, en dos años, una pandemia y la erupción del volcán. “Sin duda, lo del Cumbre Vieja es mucho peor”, concluye.